

Julio Loras Zaera

Hembras: una zoóloga desmonta la misoginia en su disciplina

Marzo de 2025.

Es un hecho que las ciencias, más cuanto más su objeto se acerca a nosotros, son influidas por las concepciones del mundo predominantes. No es que sus resultados, sus hipótesis y sus teorías no puedan ser objetivos, sino, más bien, que sus enfoques y sus líneas de investigación, lo que ven y lo que dejan de ver, pueden venir marcados por las concepciones del mundo dominantes.

Un elemento fundamental de las concepciones del mundo que sigue en la actualidad, aunque en retroceso, y que viene de muy antiguo, es el machismo, uno de cuyos elementos primordiales es la misoginia, el desprecio de las mujeres, que en la zoología se remonta a Aristóteles en sus estudios sobre los animales. El filósofo caracterizaba a los machos como activos y a las hembras como pasivas. Esta idea ha permanecido incólume hasta el presente, con justificaciones científicas como las diferencias entre la producción de espermatozoides y la de óvulos o que las hembras están destinadas a un gran gasto de energía en la cría, gasto que los machos pueden dedicar al acceso a las hembras y a la competencia. Esto implica también que los machos serán donjuanes y las hembras, mojigatas.

Empezando en los años setenta del siglo pasado, se está abriendo paso una concepción del mundo promovida por el feminismo y eso ha abierto una brecha, una sana brecha, como veremos, en la concepción hasta ahora dominante. *Hembras*, de la zoóloga Lucy Cooke (Lucy Cooke. *Hembras. Una guía revolucionaria sobre el sexo, la evolución y la femina animal*. Anagrama, 2025), de lo que ha llegado hasta mí, es lo mejor y lo más convincente en el esfuerzo por cambiar el paradigma misógino de la zoología, fundamentalmente, porque, aunque no se priva de recursos que podríamos llamar algo panfletarios, ancla su argumentación, no en las ideas, sino en los hechos, los muchos hechos conocidos que revela el estudio de la zoología atendiendo a lo que son y lo que hacen las hembras animales. Aunque esos muchos hechos han sido y, a veces, aún son soslayados o sujetos a interpretaciones que forzosamente tratan de incluirlos en el paradigma dominante

Para que se vea claramente la posición de la autora y su solidez, no me resisto a reseñar lo que dice hacia el principio de un estudio que cita (todo lo que arguye está respaldado por referencias precisas) sobre la jerarquía en una especie de urraca americana y del modo como se realizó. Los investigadores dedicaron grandes esfuerzos a encontrar esa jerarquía y la agresión que comportaba entre los machos. Después de muchos esfuerzos, encontraron que los machos eran muy poco agresivos, por lo que recurrieron a una especie de agresividad a base de miradas hostiles y otras sutilezas, de las que encontraron o supusieron encontrar unos cuantos casos. Al mismo tiempo (eso es lo que tiene la buena ciencia: que en los registros brutos de la investigación se pueden encontrar hechos no advertidos) encontraron que las hembras se agredían muy a menudo, lo que explicaron suponiendo procesos hormonales típicos de las mamíferas, pero que no se han encontrado en las aves, sin relación con la jerarquía. Cooke acude a la navaja de Ockham: en igualdad de

condiciones, entre varias explicaciones de un mismo hecho, lo mejor es acogerse a la más sencilla. La explicación más sencilla de esos hechos sería que los machos de esa especie son pasivos en cuestión de edificación de jerarquías y que estas se construyen por la acción de las hembras.

A mi modo de ver, los autores de ese estudio, con las anteojeras misóginas tradicionales, sin darse cuenta, forzaron los hechos y no vieron algo que con sus datos parece evidente, si seguimos los procedimientos que se supone que caracterizan la ciencia. Pero me parece que el tiro debe ir por elevación: ese estudio se publicó en una editora científica seria, sin que los colegas de los autores notaran ninguna anomalía en el trabajo. Me parece indicativo, como por otra parte se ve a lo largo del libro, de que no se trata de un caso particular, sino de unas anteojeras ampliamente compartidas que dificultan la perspectiva crítica e incluso pueden saltarse las normas no escritas de las ciencias.

A lo largo de sus casi 500 páginas, el libro de Lucy Cooke no solo desmonta la misoginia en la biología, sino que presenta multitud de estudios e investigaciones que apuntan a un nuevo paradigma que no ignora ni olvida que en las especies animales también hay hembras y que el estudio de estas contribuye a un mejor conocimiento zoológico, al tiempo que de nuestra propia especie.

Me parece un libro muy recomendable, tanto para quienes se interesan por la biología como para quienes quieren conocer argumentos para romper con el dominio de los varones. Solo dos pegas, a mi modo de ver. La primera se refiere a que me temo que, en nuestro país, ese segundo tipo de lectores no se caracteriza precisamente por su interés en la ciencia. La segunda es que para el primer tipo de lectores, el trabajo se parece demasiado a una de esas series de excelentes documentales de naturaleza que combinan hábilmente las imágenes de hechos con entrevistas seleccionadas y anécdotas que los hacen más ágiles. Esos lectores, me temo, no necesitan esos trucos televisivos, e incluso algunos los rechazan por poco científicos. Creo que para los lectores que buscan argumentos generales que apoyen el feminismo, con unos cuantos casos bien seleccionados habría bastado. Para los interesados en la zoología, me parece, habría sido mejor elección por parte de la autora presentar sobriamente, sin adornos, los estudios en que se basa. De todos modos, tal vez sea solo una opinión subjetiva mía sin mucha base.

No quisiera dejar pasar sin comentar su crítica de Darwin, atribuyéndole gran parte de la culpa del paradigma misógino de la biología. Me parece excesiva, aludiendo incluso a su vida privada. En primer lugar, Darwin era un científico de ideas liberales, no un apóstol de la Humanidad ni un revolucionario, sino un hombre acomodado de su tiempo, inmerso y educado en un ambiente ninguneador de las mujeres. No tenía fácil superar muchos siglos de una misoginia muy marcada en su país y en su época. De modo que no lo superó, ni se le puede pedir que lo superara. En segundo lugar, añadió a su teoría de la selección natural una teoría de la selección sexual, en la que las hembras eligen a los machos, lo que llevó a que muchos la rechazaran. Cooke lo reconoce a regañadientes, aunque rebaja ese reconocimiento insistiendo en que nunca profundizó en ello, lo cual, conjeturo, no se debió exclusivamente a su misoginia, cierta, sino también a que era un hombre muy prudente y muy sensible al rechazo (de hecho, por esa razón, tardó décadas en publicar su teoría de la selección natural, haciéndolo forzado al enterarse de que Wallace

había llegado por su propia cuenta a las mismas conclusiones que él y le pidió que presentara su trabajo a la Royal Society). Parece como si la autora hiciera pagar a Darwin los paternalismos, desprecios y ninguneos que han sufrido ella y las otras biólogas que han desafiado la misoginia por parte de muchos colegas masculinos

Por cierto, que la misoginia no es exclusiva de los biólogos. Muchas biólogas, como se ve en el capítulo sobre los genitales femeninos, comparten sin cuestionársela esa visión anodina y pasiva de las hembras.